

1996

La ultratumba; Dominicanos

Edgardo Rodriguez Julia

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Julia, Edgardo Rodriguez (Primavera-Otoño 1996) "La ultratumba; Dominicanos," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 43, Article 29.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss43/29>

This Notas de la actualidad is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LA ULTRATUMBA*

Edgardo Rodríguez Juliá

Ya despojado de su carga excesivamente memoriosa, hago lo imposible por apreciar su posadura nada grácil sobre este rincón del trópico caribeño. Quisiera tener una mayor condescendencia, como la de un padre con su hija fea. Debo ser ecuánime: el Faro a Colón diseñado por Joseph Lea Gleave no puede ser conmovedor a la luz de este día radiante de octubre. Hacia las once de la mañana, y con el fiero sol castigando sus costados de sarcófago, esas hileras de cuadrángulos añadidas al diseño de 1929, que parecen simulacros de nichos, o la caja de un camión de tumba, es imposible que aflore la magia de su promesa, tan postergada, tan trabajosa; si su emoción como arquitectura funeraria no es del todo fallida, ésta sólo se apreciaría de noche, mediante esa pretendida mezcla de pesadez estructural y levedad lumínica.

Toda la memoria de la arquitectura monumental y funeraria está contenida en su diseño. Joseph Lea Gleave era un joven arquitecto cuando ganó el primer premio del concurso en 1931. Nacido en Cheshire Inglaterra en 1907, hijo de una familia pobre, estudió arquitectura en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Manchester. Tenía veinticuatro años cuando el premio del concurso lo consagró como arquitecto. En la primera etapa del concurso, entre el 1927 y 1929, aún era estudiante; fue finalista de esta etapa a la edad de veintidós años; decidió participar en el concurso internacional a los veinte. Toda su vida Gleave trabajó afanosamente en este proyecto concebido en la juventud. Hacia la medianía de edad casi lo ve realizado. También para él fue una especie de maldición, una apetencia siempre postergada, como la de Tántalo, una piedra sin descanso, como la de Sísifo. Quizás lo alcanzó el fucú

* La primera parte de estas crónicas apareció en *Inti* número 39.

de Colón, o quizás hubo un peligroso *hubris* juvenil en eso de construir un monumento funerario que los contuviera todos, desde Sumeria hasta Tikal, desde la forma de un humilde ataúd de pino hasta los cenotafios visionarios a la Boullée, con sus grandes explanadas y basamentos.

Gleave diseñó la Gran Cruz de la explanada del Faro, también la planta cruciforme del monumento, inspirándose en esta cita de Colón: "Pongan cruces en todos los caminos y senderos, para que Dios los bendiga; esta tierra pertenece a los cristianos; el recuerdo de esto debe conservarse a través de los tiempos." Al usar la cruz como motivo central de su diseño, Gleave capturó la esencia de los valores simbólicos subrayados en el programa del concurso. Pero, según sus palabras, esto no bastaría; también se pretendía lograr la belleza arquitectónica: "La idea es simbólica; pero no hasta el punto en que el simbolismo interfiera con la simple belleza de la obra arquitectónica."

Para la adjudicación final del concurso, en 1931, Frank Lloyd Wright substituyó a Raymond Hood como jurado norteamericano. Con su enorme prestigio y convicciones libres de tapujos, Wright muy bien pudo vetar el diseño de Gleave. Hasta donde sabemos la adjudicación fue por unanimidad, es decir, a Wright le gustó el diseño del joven arquitecto. Este es uno de los diseños más historicistas, y a la vez más crudo y salvaje, de toda la historia de la arquitectura contemporánea; quizás su virtud mayor como diseño resida en esa extraña mezcla de primitivismo y festiva alusión a buena parte de la arquitectura monumental. La juventud es atrevida; no conoce pulimentos ni sutilezas. Su virtud descansa en la imaginación como fuerza aún no domeñada por el oficio. Quizás fue esta la cualidad que convenció al Frank Lloyd Wright maduro. Así se diseña una sola vez en la vida. Sólo en la juventud las equivocaciones están disculpadas por la fuerza de lo visionario, como ocurre en esa gran obra arquitectónica de la literatura, fallida por juvenil y disparatada por genial: *La tentación de San Antonio*.

La adaptación a los materiales y técnicas de construcción actuales, hecha por el arquitecto dominicano Teófilo Carbonell, es respetuosa del diseño original; algunos cambios, sin embargo, resultan lamentables: se ha acortado por treinta metros el palo de la cruz; esto resulta en que el edificio construido pierda la gracia del diseño original, donde la rampa en declive del tramo largo bajaba casi a ras de tierra. La longitud actual del monumento es de 207 metros. Este tramo largo ha sido reforzado con contrafuertes, lo que le da a la estructura una pesadez adicional que no tenía en el diseño de Gleave. La máxima altura del crucero se ha respetado; esta parte de la estructura tiene cinco pisos hábiles que, por los entrepisos, dan la impresión de ser siete. La Gran Cruz pavimentada, lo que se conoce como la explanada, tiene seiscientos noventa metros longitudinales y ciento sesenta y seis a lo largo de sus brazos. Contrasta esto con las dimensiones absurdas dadas por la prensa internacional, que le atribuye al monumento, es decir, al edificio propiamente, una longitud de tres cuartos de milla, de mil doscientos metros.

Otra alteración significativa: el eje de la cruz fue reorientado. En el diseño de 1930 el tramo largo de la cruz está orientado hacia el Palacio de Diego Colón, localizado en la orilla occidental del Ozama. La perspectiva en fuga de la ranura en este tramo tocaría el Capitolio Nacional. Ya en los años cuarenta se había reorientado el monumento; Carbonell usa este diseño, muy posiblemente siguiendo los planos definitivos de Gleave. Al ser reorientado el tramo largo hacia el este, se hace más visible desde la ciudad la parte piramidal escalonada del diseño. Originalmente Gleave diseñó para que el ábside de la cruz — en el monumento la parte del crucero o pirámide truncada — estuviese en el este; así le correspondía al diseño por tradición arquitectónica. Quizás el cambio en la orientación se debió al deseo de jerarquizar todavía más, respecto del Palacio de Diego Colón y la ciudad en la ribera occidental, la parte más visible y característica del monumento. Con el tramo largo de la cruz puesto hacia el oriente se le rinde homenaje al segundo asentamiento en Santo Domingo, la Isabela Nueva fundada por Bartolomé Colón. De la otra manera, con el tramo de la cruz orientado hacia la ribera occidental del Ozama, se le rinde homenaje a la ciudad desarrollada por Nicolás de Ovando, un dilema nada ocioso dado el gusto de Joaquín Balaguer por las jerarquías simbólicas. Tal y como fue construido, el faro le da la espalda al Santo Domingo de Ovando y el frente al Santo Domingo de Bartolomé Colón y Balaguer. (De levantarse la cruz imaginaria, Cristo miraría desde lo alto de la cruz, en su infinita perplejidad, el Parque del Mirador del Este concebido por el genio del “segundo Ovando”. Si mirase hacia el norte se encontraría con el “muro de la vergüenza” y hacia el sur con el Mar Caribe. Pienso que preferiría cerrar los ojos.) El Palacio de Colón y el Capitolio Nacional aún están alineados con la ranura central del monumento, el eje que corre de este a oeste.

En el exterior del edificio, en la parte del crucero que mira hacia el norte, se han grabado unas palabras de Juan Pablo II sobre la Evangelización de América. En las otras fachadas de la pirámide truncada se han inscrito citas de Colón e Isabel La Católica. Gleave diseñó para que todo el monumento estuviese recubierto en mármol, los nombres de grandes hombres y mujeres de América grabados en todas su fachadas. Esta terminación se abandonó por el costo; las inscripciones se han localizado en la parte más jerarquizada y visible del monumento. De haberse seguido escrupulosamente el diseño de Gleave, el monumento se parecería, en sus numerosísimas inscripciones y su declive casi a ras de tierra, al monumento a los soldados muertos en Vietnam, inaugurado en Washington en 1982, también diseñado por un visionario estudiante de arquitectura, la joven oriental Maya Ying Lin.

El panteón de Colón fue trasladado pieza a pieza desde la Catedral Primada de América hasta el Faro. Este característico panteón decimonónico desentona — su truculento y falso barroco parecido al de un bizcocho de bodas — con la severa arquitectura de Gleave. El mármol blanco, que se suponía recubriera todo el monumento, ha sido destinado únicamente a cubrir las

paredes interiores del crucero, las inmediatamente contiguas al panteón.

A pesar de que su bajo perfil en el horizonte fue diseñado contra huracanes y terremotos, alejándose así Gleave de la levedad que los constructivistas rusos y otros arquitectos concibieron para los proyectos de 1929, los profundos “canales” en el tramo largo de la cruz causan turbulencias, vientos que amenazan con devastar el panteón en caso de huracán. Diseñado contra huracanes, el Faro podría ser una caja fabricadora de vientos tormentosos y apocalípticos. Para remediar esto, se han instalado en el área del crucero unos enormes paneles de grueso acrílico sobre rieles verticales. Estos paneles están colocados en forma paralela y a distintas alturas. Su función es romper los vientos en caso de huracán o tormenta, es decir, proteger el panteón. Tiemblo al pensar que con el tiempo estos paneles se ensuciarán, a causa del salitre y el miasmoso aire del trópico caribeño, con nublosos mancharones parduzcos. Si ahora causan dentera, por su proximidad con el mármol y el bizcocho barroco del panteón — sólo en el Caribe somos capaces de un mal gusto tan desfachatado en su ingenuidad —, estos paneles de acrílico serán las primeras víctimas de ese deterioro eventual, siempre anejo a nuestros espasmódicos entusiasmos antillanos.

En los planos definitivos que Lea Gleave llevó a Santo Domingo en 1948, el tramo largo de la cruz sería utilizado para alojar museos. A ambos lados del canal central se habían dispuesto espacios para las exposiciones de las veinte y una repúblicas americanas. Ya en la etapa de la construcción, este utilitarismo arquitectónico se usó como justificación para acortar el palo de la cruz por treinta metros. Lo que se dispuso en el diseño de Gleave se ha utilizado para excusar la mutilación del monumento. Resulta curioso: en el edificio ya construido, donde los museos están adornados con unos faroles “Spanish revival” quinientos años a la Rafael Hernández Colón, motivo folclórico de esa España cupletera que deprime por su kitsch, se ha perdido la emoción de ese espacio cerrado e inútil que Gleave quiso lograr con su concepción original del año 1929. Quizás ya en los años cuarenta él mismo había “domesticado”, atemperado, hecho más apetecible su diseño con estos espacios funcionales. La sensación de cripta, de larguísima galería de nichos, de encerramiento, simplemente se ha perdido. Estoy seguro de que por algunos meses, durante la etapa de la construcción, sí la tuvo. El espacio que simbolizaría el cautiverio y la noche oscura de Colón, cuando fue desterrado en cadenas de “la tierra que más amó”, se esfumó extrañamente. Decía Gleave en su justificación del diseño: “Las entradas al Faro son grandes ranuras, los canales de Colón. Los canales transportan al visitante a las tinieblas, al cautiverio de Colón y a las supersticiones de su tiempo... Pero desde las profundidades de los canales, mirando hacia arriba, el visitante verá claridad: la libertad y las promesas del Progreso Moderno.” Esta majestuosa y sobria concepción ha sido trivializada con el mal gusto de los faroles, de las puertas que dan acceso a los museos a ambos lados del canal, con esos terribles paneles de acrílico y el panteón

incongruo. Finalmente, la perspectiva en fuga del palo de la cruz se ha acentuado al estrechar el canal, truco arquitectónico de Gleave que tendría más sentido de haberse respetado la longitud original del monumento.

Sí se ha cuidado la iluminación conmemorativa de lo que Gleave llamó “la estrella de Colón”, esa corona que parece un platillo volador posado sobre el crucero del monumento. Este es el supremo detalle simbólico: la corona representa las repúblicas americanas y la iluminación vertical destaca la presencia del sepulcro de Colón. De esta corona del monumento sale el haz giroscópico que corta el horizonte.

Según el diseño de Lea Gleave, la iluminación conmemorativa del Faro se lograría con cuatrocientos reflectores de alta potencia colocados en las ranuras del canal principal o tramo largo de la cruz. En el monumento construido se optó por ciento treinta reflectores de mayor potencia, la misma cantidad de reflectores que utilizó Albert Speer en los rallies de Nuremberg. Los cientos treinta reflectores son los famosos Skytracker Zenon, diseñados para el parque de diversiones de los Estudios Universal en Orlando. Los estudios tienen en uso tres de estos reflectores; el pueblo dominicano compró ciento treinta para su faro incomparable. Sería interesante indagar en la diferencia del costo de la iluminación entre 1929 y 1992. La planta solar donada por el gobierno italiano finalmente no se usó. El Faro a Colón tiene su propia planta eléctrica; resulta controvertible la alegación de que cada vez que prenden el faro la luz se va en la parte norte de la ciudad.

En un mundo respetuoso del derecho de los impedidos al libre acceso, el Faro a Colón no tiene los dos ascensores que Gleave integró al diseño. Los turistas que lo visiten deberán estar en perfectas condiciones cardíacas; el acceso a la corona se logra mediante cien escalones; tampoco hay rampas. Los ascensores se eliminaron por razones de seguridad — es mucha la pobreza en Santo Domingo y los ascensores serían trampas para turistas incautos — y también por el mantenimiento; dada la cercanía del mar éste sería costosísimo. Esta es la crueldad maya — o azteca — de la pirámide truncada de los dominicanos.

Algún rimbombante propagandista del Faro proclamaba ante el mundo: “Y como la estatua de Mennon, que según cuenta la leyenda cantaba todas las mañanas al salir el Sol, así este Faro entonará un réquiem por Colón, todas las tardes, a la hora del *angelus*.” Esto no se llevó a cabo. Vivimos en tiempos más descreídos que los del Trujillato.

DOMINICANOS

Edgardo Rodríguez Juliá

La obsesión dominicana con el Faro a Colón comenzó como un virus localizado en la clase dirigente. El caudillismo trujillista, con la secuela de paternalismo político que ha sustentado Joaquín Balaguer, no se andaba con medias tintas en la década de los años treinta y cuarenta. El proyecto del Faro era un proyecto dominicano porque lo decía Trujillo, El Jefe Supremo, el Excelentísimo. En un mensaje radiodifundido el 12 de octubre de 1937 Trujillo se expresaba así: “En nombre del Pueblo Dominicano, cuya representación asumo y de cuyos sentimientos soy intérprete, dirijo un fraternal llamamiento a todos los pueblos de América en favor del Faro conmemorativo...”

Como “supremo intérprete de los sentimientos del Pueblo Dominicano”, Trujillo, más que nadie, fue quien propagó el virus de esta obsesión. Pero la historia, el destino, una secuencia de grotescas casualidades que retan el escepticismo de los más descreídos, han convertido el Faro en una especie de chiste macabro, de oscura maldición merenguera.

Por ejemplo, el día 4 de octubre de 1992 Doña Emma Balaguer, hermana del Presidente Balaguer, muere de un ataque al corazón después de visitar el Faro. Ello impide que Balaguer esté presente en la inauguración del Faro y el traslado de los restos del Almirante, el día 6 de octubre. El fucú sigue. La Presidencia anuncia que el Señor Presidente no irá a la inauguración porque observará escrupulosamente un período de luto. Pienso que así fue: para un Señor Presidente solterón y puntilloso en la observancia de protocolos y buenas maneras, era lo que correspondía. El pueblo, sin embargo, lo entiende de otra manera: el fucú sigue y el espíritu de Doña Emma — una especie de Evita Perón dominicana — se ha alojado en los recovecos del Faro.

Según el primer taxista que conozco en el trayecto del aeropuerto a la otrora Ciudad Trujillo, Balaguer no asistió a la inauguración porque el fucú

finalmente lo estaba alcanzando: “Aquí se dice que él no se presentará por ahí jamás, es cosa de cautela, con lo que pasó el otro día”.

Este primer taxista ya empezaba a padecer lo que podríamos llamar el síndrome viral del Faro. Ante mis preguntas se mostraba un tanto impaciente, casi molesto, como si ya estuviera cansado de oír del maldito Faro, la enfermedad incurable de la política dominicana en los últimos seis años: “Sí señor, sí señor, ha causado mucha controversia el faro, mucha controversia”... Ya acercándonos al Puente Duarte me advierte: “Ahí está el faro”. La displicencia con que lo dijo, subrayada por ese acento dominicano que deja todo en el semicompa de espera de una modulación que baja y remata un poquitín alto — como un titubeante énfasis, pero no del todo —, me alertó a aquel “alien” que llenaba todo el cristal trasero del Datsun de hace veinte años. Ahí está. Después de haber leído tanto sobre él, ahí lo tengo. Saliendo del subdesarrollo antillano, en que el perfil bajo de la ciudad está acentuado por la pobreza de los techos de cinc tachonados con palmeras y árboles de panapén, se alza la incongruente pirámide truncada de Joseph Lea Gleave. Es como si en lo alto de Villa Palmeras, sobre el lomo de la Eduardo Conde, plantaran un solemne espacio conmemorativo. Extraño, sí, como un emblema de la voluntad de poder de los gobernantes dominicanos. El taxista es del ala Peña Gómez del Partido Revolucionario. Su color negro haitiano, “etíópico” diría Don Joaquín, testimonia ese antiguo resentimiento que flota por todos lados en esta sociedad. El Partido Reformista Social Cristiano de Balaguer tiene su base de poder en el campo, en esa tierra del Cibao que la ideología dominicana al uso identifica con los elementos más prístinos y característicos de la patria: el indígena y el español. Era como me decía un estimado amigo dominicano de mi adolescencia, hace muchos años: “Los negros nuestros son haitianos, no dominicanos, y los haitianos son mojones”.

Bruni García es una atractiva arquitecta dominicana; deslumbrada con ese hermoso color chavo prieto que Don Joaquín Balaguer considera “sudanés”. Ella trabaja para la Oficina de Turismo Dominicano. No trabaja en la empresa privada; Bruni es la discreción personificada. La adivino más crítica de lo que manifiesta. La sombra ya diluida del Trujillato por momentos reaparece en ella: es moderna con sinuosa discreción; el orgullo por su patria es evidente, también cierta cautela ante el extranjero. Es ambiciosa.

Camino al Faro — se ha mostrado muy gentil al darme pon para mi segunda visita, hoy 9 de octubre — quisiera hacerle la pregunta de rigor... Pero debo ser tan discreto como ella, también cauteloso, además, agradecido; Bruni me ha conseguido una especie de “salvoconducto” — a través de la Comisión del Quinto Centenario — para esta visita. El Faro está prácticamente sitiado por los militares y mi salvoconducto está dirigido a un altisonante Coronel Valenzuela. Como bono, de ñapa, asistiré a una ceremonia en el Faro — ¡este gusto dominicano por el verbo florido! — en la cual la Fundación La Isabela recibirá de Robert A. Hurwitch, ex-embajador de los Estados Unidos en la

República Dominicana, la llamada “ancla de Colón”. Este importante artefacto histórico fue recuperado en el siglo XIX por el Dr. Alejandro Llenas Juliá, Cónsul General de la República Dominicana en Cap. Haitien, Haití, cerca del lugar donde la carabela insignia de Colón, la Santa María, se hundió el Día de Navidad de 1492. Desde el 1893 el ancla estuvo en manos de la Chicago Historical Society. Ahora ha sido devuelta. No se ofrece más información. Las técnicas de buceo que se usaron el siglo XIX para recuperar esta valiosísima pieza histórica me son desconocidas; no me animo a preguntar, o a indagar detalles. Ya me va resultando opresiva esta sociedad tan memoriosa.

Hago la imprudente pregunta de rigor: “¿Por qué esta obsesión del Presidente Balaguer con el Faro?”

Bruni se apresura a contestarme; la contestación me parece ensayada: “Es que el Presidente Balaguer es un romántico. El quiere ser el nuevo Ovando de Santo Domingo”... (¿Será “romántico” lo mismo que “impredecible”?) La contestación me evoca el comentario de un taxista de evidente afiliación balaguerista, aunque el parentesco como edificador esta vez no sea con Ovando: “Balaguer ha construido mucho, él y Trujillo han construido mucho”... Bruni, la dulce Bruni, es así, como el taxista: tersa y tajante, el viejo meramente tiene un sentido romántico y melancólico, nostálgico y memorioso de la historia.

Una vez en el Faro, la ceremonia me abruma con su formalidad decimonónica. Estamos en el área del sarcófago con los restos del Almirante, hay demasiadas sotanas triunfalistas, muchos uniformes militares para mi gusto anarquista. Las mujeres han venido de traje de hilo y sombrero, los hombres rezuman, con sus chaquetones y corbatas, esa tiesa elegancia que nos caracteriza a los antillanos, sobre todo a la gente “de color”, cada vez que usamos trajes grises. Y sí que les encantan los uniformes militares a los dominicanos. Están por todos lados: de la marina, del ejército, de lo que supongo son las escuelas militares, cadetes en uniforme de gala. Me coloco al lado de Bruni, atento al himno nacional. Este se escucha con una reverencia que impresiona. Pienso en las ocasiones en que los dominicanos no han sabido qué hacer con ellos mismos y se han ofrecido como botín a potencias extranjeras, pidiendo la anexión. Noto que uno de los cadetes de la marina que custodian el sarcófago con los restos de Colón — apenas un adolescente — está haciendo buches y luce mareado. Lo comprendo. Me preparo para lo peor. El muchacho aguanta por la patria.

Vago por mi Faro maldito. La ceremonia me ha aburrido hasta la distracción. Envalentonado por la carta sellada para el Coronel Valenzuela, me detengo a ver el ancla de la Santa María. Se exhibe en uno de los pequeños museos habilitados en el crucero. Vuelvo a considerar las dificultades que tendrían en el siglo XIX para sacarla del fondo del mar, algo fantaseado en una novela de Julio Verne, sin duda. Es un objeto cuyo valor como reliquia consiste en ese acto de fe que siempre nos exige la Historia: es un ancla que ha perdido las “uñas” y los “brazos”, sólo queda la “caña” casi disuelta por la herrumbre.

Mantengo a Bruni en la mirilla, no vaya a ser que me quede varado en el Faro, como el espíritu de Doña Emma... Camino por el tramo largo de la cruz, el "canal" que simboliza el cautiverio de Colón, y el mío. Me topo con el Pabellón de Japón. No lo puedo creer. ¡Ahora resulta que Japón es una de las veinte y pico de repúblicas americanas cuyas exposiciones serán alojadas en esta parte de la estructura! Y para que nadie se equivoque en cuanto al "patrocinio" de este país, mientras las otras exposiciones no han sido rotuladas con los nombres de los países correspondientes, el Pabellón de Japón es señalado con un letrero enorme. Aún trabajan en el montaje de la exposición. Entro como puertorro por su casa. Un japonés de mirada melancólica me saluda sin mucho interés. No hay dominicanos cerca para detenerme. La exposición es una pequeña muestra **high tech, very slick**, de Japón como el Cipango anhelado, el de las rutas conocidas por Marco Polo, las tierras ensoñadas que motivaron los viajes colombinos. El slickness de la muestra alegraría al mismísimo Rafael Hernández 936 Colón. Los vientos que Don Rafael — esta vez Leónidas — sembró en 1937 han traído estas tormentas japonesas a nuestro Caribe actual. Don Chapitas, el Excelentísimo Doctor Trujillo, asentó colonos japoneses en la fornera con Haití luego de la matanza ejemplar de negros haitianos en 1937. El enamoramiento con el mito de la superioridad racial nipona ya era manifiesto.

Out of nowhere, bajada del límpido azul antillano, aparece una puertorriqueña irreverente, quien me reconoce y saluda. Me pide que no escriba sobre "esto". (Quizás debo hacerle caso.) Luego me pregunta por el "pabellón" (la jerga sevillana) de Puerto Rico. Yo le sentencio que no creo que encuentre "pabellón" nuestro alguno, aquello es para la gente blanca, amarilla y libre de América, como los japoneses. Se sonríe; con ese sublime desparpajo boricua me comenta que "¡cómo va a ser eso!, nosotros somos los únicos que hemos tenido la gran distinción de ser colonia de España y de los Estados Unidos". Son los momentos en que más orgulloso me siento de pertenecer a un pueblo cariduro y anarquista.

Ya casi en el remate del tramo largo de la cruz, veo a un grupo de dominicanos que trabajan en la limpieza y mantenimiento del Faro. Están en el lugar donde el "canal" del cautiverio se estrecha. Miran muy a distancia a la gente de hilo y sombreros, sotanas, trajes y uniformes. La ceremonia del ancla de Colón está más distante que Nueva York; se me revuelca la memoria; es el recuerdo de la antigua plantación, todavía vivita y coleteando en nuestros países. Miran la ceremonia a distancia, y con infranqueable curiosidad, como queriendo acercarse sin poder; saben que tienen que mantenerse en su lugar. Es la evocación de la maldita caña de azúcar y sus asombrosos cambios de piel.

De regreso me percató de que Bruni ha desaparecido. Sí; por lo visto me dejó plantado. Indago. Me lo confirman. La dulce Bruni se deshizo de mí como quien se aleja de materia abrasiva. La discreta y repentina Bruni supo, desde el primer momento, que sería muy riguroso en esto del Faro.

Hablo con una de las “edecanas”. También es de lo que Don Joaquín llama “raza sudanesa”. Le muestro la carta sellada, el dudoso y ya manoseado salvoconducto. Algo distraída, le comenta al ingeniero Brito — me lo acaba de presentar — que el embajador de Panamá tiene las cosas del museo de Panamá en el automóvil... “Sí, el escudo y otras cosas, me dijo que quería dejarlas”... El ingeniero Brito, mulato con tupido mostacho y esa calva rematada en un afro que debió visitar barbero para la ceremonia del ancla, allá se va presuroso. Es un hombre en perpetuo movimiento y ninguna solicitud conmigo. La edecana vuelve a atenderme, mirándome de arriba abajo con esa suspicaz condescendencia que ya noté en Bruni; me asegura que el Coronel Valenzuela, a quien está dirigida la carta, ya no es el militar de turno en el Faro. Le explico que sólo quiero ver más en detalle la estructura del Faro, tener acceso a la parte superior del monumento, a la corona, y visitar el museo Gleave. (No me sorprenden estas dificultades y trabas, la Misa Papal es el domingo, están paranoicos e histéricos. Ayer jueves pude entrar con sólo mostrar mis credenciales de prensa.) Vuelve a mirarme con desconfianza, recorre mi pinta como quien contemporiza sin disimulos ni empachos. La ancestral frase “negrita parejera” se aloja pecaminosamente en mis mallorquines fueros internos, estoy a punto de mandarla para el Cipango cuando vuelvo a mostrarle mis credenciales y le aseguro que soy de la más responsable prensa puertorriqueña. (Gran cosa, dirá ella para sus adentros.)

Finalmente me conduce ante el Capitán Gutiérrez, de la marina de guerra dominicana. Este mulato de fría, dura e indescifrable mirada, me resulta muy conocido. Destila ese complejísimo y antiguo resentimiento que he conocido durante toda mi vida, hijo del Caribe que soy. Su mostachón es el acento de su autoridad. Se dirige a mí casi sin expresión, como si su semblante fuera una máscara. Luce imperturbable en su uniforme blanco de gala. Añojo al desconocido Coronel Valenzuela. No puede haber nadie peor que este “capitán de fragata”. Muy severamente, sin posibilidad de apelación, me asegura que él no puede decidir si recorro o no el Faro. Esa decisión le corresponde al ingeniero Brito. La edecana tentelenaire, “india” lavaíta, asiente con absoluta conformidad. Me siento abandonado por Bruni, humillado por estas “autoridades”, algo patético con mi inútil salvoconducto, desfallecido en mi pasión por el Faro de Colón.

Mi mulatita edecana ha secuestrado la carta que traje para el fantasmal Coronel Valenzuela. Volvemos a donde está el ingeniero Brito. Se pasan la carta entre sí, como saltarina papa caliente, hay irresolución sobre quién se queda con ella, y yo en el medio. En un momento ya de indiscreción necesaria, el ingeniero Brito comenta, muy gravemente, que es muy importante que cada quien asuma su responsabilidad sobre los periodistas que escribirán en torno al Faro. Me jodí. El ingeniero Brito me toma todas las señas: nombre, publicación y país. Tiemblo al pensar que se trata de alguien de la llamada “seguridad del Estado”; empiezo a sentirme vigilado.

Para que me vigile mejor, y por imprudente que soy, le pido pon hacia Santo Domingo al ingeniero Brito. (Esa Bruni...) Accede no muy gustosamente. El automóvil lleva un oficial del ejército al volante. (Me asoma cierta irreverencia de **ugly Puerto Rican**, al sentirme algo invulnerable por mi U.S.A. Passport.) Al salir del estacionamiento del Faro he visto a varios dignatarios, embajadores, eso que los puertorriqueños llamamos “cangrimanes”, bajo paraguas sostenidos por alicates uniformados. Ese servilismo me resulta tan extraño que agradezco haberme formado en una colonia con aspiraciones “parejeras” respecto de la metrópoli.

El ingeniero Brito me asegura muy displicentemente — ahora le pregunto ya por darle conversación, un **conversation piece** como cualquier otro — que el Faro costó ciento treinta y cuatro millones de pesos dominicanos, o sea, alrededor de once millones de dólares. Me señala, muy terminalmente, que las cifras aparecieron publicadas en el periódico de estos días. Eso es todo. La prensa extranjera sigue siendo la peor enemiga de su Faro a Colón.

De vuelta al Faro, ya de noche, la ciudad de Santo Domingo nimbada por el resplandor de los ciento treinta reflectores Zenon — esta noche lo encendieron a las siete —, decido indagar un poco más en la opinión de los taxistas, quienes siempre representan ese punto intermedio entre el mal humor generalizado y la opinión pública media. Entérminos generales, los taxistas más viejos tienden a justificar el Faro, señalando que se trata de una inversión para generaciones futuras. Hay dos excepciones a esto último: el malhumorado taxista del aeropuerto y un hombre muy mayor, casi anciano, que me aseguró que Balaguer “es un hombre impredecible, muy cínico, es un hombre que ha dicho que la constitución es un papel, sólo un papel”...

Casi todos los taxistas jóvenes repudian el Faro. Aquel me dijo que “con tanto dinero se pueden construir muchas escuelas”. Este que me traslada al Faro señala, con esa vehemente convicción que nos resulta algo ajena a los puertorriqueños, más dados a la ironía y el **sucusumucú** en lo tocante a las opiniones políticas, que “el muro de la vergüenza algún día será derribado como se derribó el de Berlín”. Añade: “En este país hay mucha pobreza y no se debió construir eso”.

A pesar de su antibalaguerismo, este hombre joven que tenía cinco años cuando murió Trujillo vive fascinado con aquella época. Me enseña un libro que evidentemente, por lo amarillo y manoseado, ha leído con delectación más de una vez: *Las mujeres de Trujillo*. Es uno de sus objetos valiosos. Con gusto me habla de la afición de Trujillo por las jovencitas. Me asegura que la noche de su asesinato Trujillo viajaba a San Cristóbal para visitar “a una joven señorita que le habían prometido”. Para esta joven de la oposición el Trujillato no tiene que ver con el miedo sino con la literatura sensacionalista y semipornográfica. Hemos progresado.

Los más recalcitrantes opositores del Faro señalan la gran paradoja: Santo Domingo es una ciudad en penumbras; el Faro es una orgía de luz. Es la

obra de un hombre profundamente cínico, con una visión obsesiva y secreta de su país contradictorio.

Aquí frente al Faro, y entrada la noche, hay una suspensión de todos estos juicios políticos. La visión arquitectónica de Gleave resulta cautivadora, aunque no funcione del todo. Sin esa orgía de luz el monumento construido apenas se redime, es un enorme ataúd de concreto sin gracia alguna, el más grande camión de tumba jamás visto. Llega a su mejor definición cuando es iluminado, su pesadez queda cancelada por la solemne luz que se alza hacia la oscuridad. La corona iluminada, esa iluminación vertical, le dan una innegable elegancia. Gleave tampoco se equivocó del todo en el diseño de la iluminación proyectada en forma de cruz; la cruz se dibuja y desdibuja en el cielo según la calidad de las nubes; ahora se torna borrosa; por momentos es una conmovedora proclamación de la fe en Cristo, luego es un trabajoso acto de fe, más adelante se convierte en un paisaje apocalíptico, lo que me parece consecuente con estos tiempos agnósticos en que vivimos. La cruz de Gleave es dificultosa, nada triunfalista, como la actual fe católica. Uno de los numerosos soldados que vigilan la explanada oeste del Faro — la vigilancia es extremosa, prácticamente hay un estado de sitio a causa de la misa papal del próximo domingo — me comenta al percatarse de mi sostenida curiosidad: “Pero qué raro, si ahorita estaba ahí... la cruz”...

Ahorita estaba y ya no está, como ha ocurrido tantas veces en la historia de este Faro, cuya edificación fue defendida en el Congreso de los Estados Unidos por nuestro Comisionado Residente en Washington, Sr. Don Félix Córdova Dávila, entre 1927 y 1929, antes de la Gran Depresión... Aquí cerca oiga la conversación de una parejita de dominicanos, gozándose esa guasa y vacilón de plaza o esquina, tan caribeño: “E que tú ere muy prieta, tú ere muy negra pa’ mi gusto”... “E que tú no te ha mirao en un espejo, mira y que tu decime prieta a mf”... Miro y son de raza muy “sudanese”, gente bellamente negra del Caribe, y esto me hace evocar una conversación de mi padre mulato puertorriqueño con nuestro vecino mulato dominicano, el doctor del pueblo. Esto tiene que haber sido en Aguas Buenas hacia fines del primer lustro de los años cincuenta. Ambos se referían a los “morenos” con un alegre desprecio que constituyó mi primer asombro, mi extrañeza inicial, ante estas “complejidades” del Caribe.

Sigo en estas musarañas lumínicas e históricas, sentimentalmente evocativas, mirando hacia arriba verdaderamente aupado por la irracionalidad wagneriana, por el efecto Speer — un arrebató como cualquier otro —, cuando soy sacado de mi ensoñación por una de esas voces de mando que bien anticipan el mazo de Caín, la presencia del Estado. “¡Señor, oiga, señor!” Si alguien me llama así no me siento aludido; aunque la pinta me desfavorezca, todavía me siento tercamente juvenil. Es un hombre bajito, de tez etiópica. Reconozco perfectamente que me ordena acercarme y yo me encuentro como paralizado dentro de una de las grandes losas del pavimento. Me lo repite, que me acerque.

Puertorriqueño sin remedio, algo descarado ante la presencia del “guardia”, del Estado, no me acerco inmediatamente. Me rejode esto de que alguien chiquito, feo y etiópico, me de órdenes de esta manera, coño, sin hacerle caso a mi pinta de eso, de “señor”, de impaciente negrero mallorquín... (Oye, puertorriqueño mameo, más vale que te acerques, esto es Santo Domingo, un país latinoamericano, un país, eso, no esa mierda de colonia...) Eso hago. Sólo cuando comienzo a acercame el hombre se mueve hacia mí... (Jodido negro acomplejao este.) Me llega al pecho. Me han rodeado varios soldados con ominosas armas largas. Me pide la identificación. Le enseño mis credenciales de prensa para el cercano evento papal y mi bendito U.S.A. Passport, con su gran águila imperial... Al pasaporte la echa el ojo más de la cuenta, como si nunca hubiera visto uno o jamás hubiese trabajado en inmigración, finalmente queda satisfecho al coincidir mi semblante defecado con la foto del carnet de prensa. Sin mirarme a los ojos asustados, me sentencia: “Está bien, se puede ir, es que lo he visto más de dos veces por el Faro; son instrucciones”. Nunca me he sentido vigilado de esta manera, me siento como si tuviera un mono trepado en el hombro. Y mire que vengo de una sociedad perfectamente paranoica a causa de la criminalidad... También me siento humillado. Ya me lo habían advertido: “Sólo un dominicano entiende esa vigilancia”.

Después de un rato, ya recuperada mi actitud de cronista bonancible, siento una algarabía a mi alrededor. Los niños que pasean por aquí cerca me han pedido que les tome una foto. Son de la Calle Progreso de Villa Faro y me hablan en algo que ellos consideran inglés. Les contesto en español, con esa simpática solicitud despejo ya finalmente mis peores temores. (Ellos piensan que la cámara es Polaroid.) Como la explanada del Faro está llena de transeúntes, parejas, familias y muchachería que han venido a pasear, coger fresco y admirar los fervores lumínicos de Balaguer, tardo en agrupar a los niños; quiero que salgan todos. Cuando finalmente se percatan de que no se trata de una Polaroid, me hacen prometerles que les enviaré la foto a la Calle Progreso.

Ahí están todos esos bellos niños pobres de raza dominico-etiópica; me saludan y hacen muecas, algunos señalan con la V de la victoria, otros payasean, gozándose sus monifaterías y desfachateces caribeñas, los más saludan con ilusión y candor. Es la simpatía redentora de estas tierras. Esa que jamás podrán destruir los hombres sombríos y sanguinarios, disparatados y crueles que hemos engendrado. Espero — por la oscura y borrosa cruz — que la orgullosa banderita dominicana que alzan sobre sus cabezas, seguramente ya no tan inocentes, algún día les sirva para conservar esa alegría, y construir un país más justo. Atrás el Faro ha vuelto a desaparecer; la Gran Cruz también se ha ido borrando en la sonora noche caribeña. Click.

En Isla Verde,
a 11 de noviembre de 1992